

NOTAS

## NOTAS DE LA PRIMERA PARTE

---

I.—Mi frase inicial: *El materialismo es tan antiguo como la filosofía, pero no más antiguo*, ha sido á veces mal comprendida; va dirigida ante todo contra aquellos que menosprecian el materialismo, contra aquellos que ven en este sistema del mundo el antipoda del pensamiento filosófico, negándole un valor científico; y, después, va contra aquellos materialistas que á su vez desdeñan toda filosofía, imaginándose que su sistema del mundo no es resultado de la especulación filosófica sino más bien fruto de la experiencia, del sentido común y del estudio de la naturaleza. Se hubiera podido sostener que entre los filósofos, jonios, de la naturaleza el primer ensayo de una filosofía fué materialista; pero el rápido examen del largo período de desarrollo que transcurre desde los primeros sistemas inciertos é incompletos hasta el materialismo, realizado por Demócrito con entera lógica y convicción clara y precisa, debía conducir á reconocer que el materialismo figura sólo entre los primeros ensayos filosóficos; en efecto, el materialismo, si no se quiere *a priori* identificarle con el hilezoísmo y el panteísmo, no está completo más que en el instante en que considera á la materia como puramente material, es decir, en tanto que comprende que sus moléculas no son una materia inteligente por sí misma sino de los cuerpos que se mueven según principios puramente materiales, cuerpos insensibles que producen sentimientos é ideas por ciertas formas de sus combinaciones; así el materialismo completo aparece necesariamente como un atomismo en atención á que es difícil, cuando se quieren deducir de la materia todos los fenómenos de un modo claro y sin mezcla de propiedades y fuerzas suprasensibles, no dividirla en pequeños corpúsculos con un espacio vacío para el movimiento. Es capital la diferencia entre los átomos animados de Demócrito y el aire cálido de Diógenes de Apolonia á pesar de la semejanza superficial que

presentan; el aire cálido es una materia puramente racional capaz por sí misma de sensación y que se mueve en virtud de su potencia racional; los átomos del alma de Demócrito se mueven como todos los demás átomos según principios exclusivamente mecánicos, y no producen el fenómeno de seres inteligentes más que en un caso especial mecánicamente realizado; así es también como el «imán animado» de Thales justifica perfectamente la aserción «todo está lleno de dioses», pero difiere en el fondo de la concepción por la cual los atomistas tratan de explicar la atracción del hierro por el imán.

2.—Respondiendo á la aserción contraria de Zeller, observaremos que podemos admitir el juicio de este historiador («los griegos no tenían jerarquías ni dogmas inviolables»), sin modificar la exposición que precede. Ante todo, los griegos no formaban una unidad política en la cual jerarquías y dogmas hubieran podido desarrollarse; su religión se formó con una diversidad aún más grande que las constituciones de las distintas ciudades y regiones; el carácter eminentemente local del culto tenía, á consecuencia de la extensión de las relaciones pacíficas, que venir á parar en una tolerancia y en una libertad que no sospechan los pueblos cuya fe es intensa y la religión muy centralizada; sin embargo, entre las tendencias unitarias de Grecia, las tendencias jerárquico-teocráticas fueron tal vez las más notables, y se puede citar como ejemplo el influjo del sacerdocio de Delfos, que es una excepción singular de la regla, según la cual «el sacerdocio tenía infinitamente más honores que poder». Si en Grecia no existe casta sacerdotal formando un cuerpo exclusivo, en cambio hay familias sacerdotales que pertenecen de ordinario á la más alta aristocracia, cuyos derechos hereditarios eran respetados como los más legítimos é inviolables y las cuales supieron mantener su influjo durante siglos; ¡cuán importantes no eran para Atenas los misterios de Eleusis y de qué modo su historia se confunde con la de las familias de los Eumolpidas, Céricos, Fíldes, etc!... El influjo político de estas familias se manifiesta del modo más evidente en la caída de Alcibiades, aunque en los hechos en que las influencias clericales y aristocráticas obran de acuerdo con el fanatismo del populacho sean difícil separar todos los hilos de dicho acontecimiento; en cuanto á la *ortodoxia*, no se puede ciertamente compararla á un sistema de doctrinas organizadas según un método escolástico

semejante sistema habría nacido tal vez si la fusión de los cultos, de los teólogos délficos y los misterios no hubiera venido demasiado tarde para que pudiera impedir en la aristocracia y en las clases acomodadas el desarrollo de las ideas filosóficas; se atienden, pues, á las formas místicas del culto bajo las cuales cada uno podía con libertad pensar lo que quisiese; la doctrina general de la santidad y de la importancia de determinadas divinidades, de algunas formas del culto, de los términos y de los ritos consagrados, permanecieron inviolables; el juicio individual fué en esto absolutamente proscrito y todas las dudas, todos los ensayos de innovación ilícitos, todas las discusiones temerarias se expusieron á un inevitable castigo. Sin embargo, con relación á las tradiciones místicas, había también una gran diferencia entre la libertad permitida á los poetas y las formas fijas de la tradición sacerdotal que se referían inmediatamente á los cultos de las diversas localidades; un pueblo que veía en cada ciudad otros dioses con atributos semejantes, una genealogía y una mitología diferentes sin que se extraviara su fe en la santa tradición local, debía permitir fácilmente á los poetas manejar á su capricho la materia general y mítica de la literatura nacional; pero si en estas libertades se producía el más pequeño ataque, directo ó indirecto, contra la tradición de las divinidades locales, el poeta como el filósofo corrían graves peligros; se podría fácilmente alargar la lista de los filósofos perseguidos sólo en la ciudad de Atenas, mencionada en el texto, añadiendo á ellos: á Stilipon y Teofrasto, poetas como Diágoras de Melos, cuya cabeza fué puesta á precio; Esquilo, que por una pretendida indiscreción relativa á los misterios vió amenazada su existencia y sólo encontró gracia ante el Areópago en consideración á su genio poético; Eurípides, á quien amenazaron con una acusación por impío, etc., etc. La lucha de la tolerancia y la intolerancia entre los atenienses se comprende, sobre todo, leyendo un pasaje del discurso contra Andócido, donde se dice que si Diágoras de Melos había ultrajado el culto de un país que no era el suyo, esta cualidad de extranjero era una circunstancia atenuante, mientras que Andócido había ofendido la religión de su misma patria: luego debían ser más severos con los nacionales que con los extranjeros, porque estos últimos no ofendían á sus propios dioses; esta excusa personal se trocaba casi siempre en una absolución cuando la ofensa no se dirigía de una manera directa á las divini-

dades atenienses, sino sólo á las divinidades extranjeras; el mismo mencionado discurso nos enseña que la familia de los Eumólpidas estaba autorizada en ciertas circunstancias á castigar á los impíos según leyes secretas, desconocidas hasta para los autores; estos juicios se celebraban bajo la presidencia del arconte-rey, detalle á decir verdad insignificante para nuestro asunto. Si Aristófanes, el archiconservador, pudo permitirse silbar á los dioses y ridiculizar de un modo acerbo la superstición recién venida de fuera, consiste en que el terreno donde se colocaba era del todo distinto, y si Epicuro no fué perseguido consistió únicamente en que en apariencia se adhería por completo al culto externo; la tendencia política de más de uno de estos procesos, confirma el origen fanático-religioso lejos de destruirle; si la acusación de impiedad era uno de los medios más seguros de derribar á los hombres de Estado, por muy populares que fuesen, se ha de admitir sin réplica que no sólo la ley, sino también el fanatismo popular condenaba á los acusados; he ahí por qué debemos considerar como incompleta la exposición de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que nos da Schœmann, así como la disertación ya mencionada de Zeller. Las persecuciones no se efectuaban siempre por la violación de las prácticas del culto, sino á menudo por la doctrina y la heterodoxia; así parece demostrarlo claramente la mayoría de las acusaciones dirigidas contra los filósofos; pero si se piensa en el número realmente considerable de los procesos de este género hechos en una sola ciudad y en un período relativamente corto, así como en los graves peligros que hacían correr, será difícil afirmar que la filosofía sólo fué atacada en algunos de sus representantes; se pudiera, pues, preguntar seriamente en este tiempo, como en la filosofía de los siglos XVII, XVIII (y XIX?) hasta qué punto la necesidad de acomodarse á la fe popular (lo hayan hecho ó no con conciencia bajo la amenaza de persecución) ha desnaturalizado los sistemas filosóficos.

3.—Véase Zeller y los escritos citados por Marbach, que aparecieron en el siglo XVIII, no del todo accidentalmente, relativos á la lucha del materialismo; observemos aquí, en cuanto al fondo de la cuestión, que Zeller parece menospreciar á Thales, que el párrafo en que anteriormente se fundaba el ateísmo de este último descubre evidentemente el juicio superficial de Cicerón y que la expresión *fingerere ex* se aplica al arquitecto colocado fuera de la ma-

teria del universo, en tanto que Dios, como *razón del mundo*, sobre todo en el espíritu de los estoicos, no es más que un Dios inmanente, no antropomorfo ni personal; es posible que la tradición de los filósofos estoicos descansa sobre la simple interpretación, en el sentido de su sistema, de una tradición anterior; pero no resulta que dicha explicación sea falsa, abstracción hecha de la autenticidad de los términos; en buena lógica la aserción, probablemente auténtica, de que todo está lleno de Dioses, podría muy bien haber servido de base á esas interpretaciones; dicha aserción está admitida por Aristóteles como siendo evidentemente simbólica y la duda que expresa por un «quizá» se refiere (¡y con razón!), á su misma interpretación que es en realidad mucho más temeraria y más inverosímil que la de los estoicos; refutar la interpretación de estos últimos con la *Metafísica* de Aristóteles es inadmisibile *a priori*, porque en este párrafo Aristóteles hace resaltar incontestablemente la opinión de Anaxágoras que se relaciona con su propio sistema filosófico, es decir, la separación de la razón creadora del mundo, como causa primitiva cosmogónica, de la materia sobre la cual obra. La doctrina de Anaxágoras no satisfizo á Aristóteles, como lo prueba el capítulo que sigue inmediatamente, porque el principio trascendental no aparece allí más que ocasionalmente como un *Deus ex machina* y no está aplicado de una manera lógica; es una consecuencia necesaria del párrafo de Anaxágoras, que no contiene más que una teoría transitoria y no exenta de contradicciones; el elogio que Aristóteles hace del pretendido mérito de Anaxágoras y la vivacidad con que le censura su inconsecuencia, están inspirados en el mismo celo fanático que el Sócrates de Platón despliega en el *Fedon* sobre el mismo asunto.

4.—Véase la refutación detallada de las opiniones acerca del origen de la filosofía griega, debida á la especulación oriental, en Zeller y la disertación tan concisa como juiciosa sobre la misma cuestión en Ueberweg; la crítica de Zeller y de otros historiadores ha hecho justicia, acaso para siempre, á las ideas vulgares que hacen del Oriente el maestro de la Grecia; en cambio, las observaciones de Zeller acerca del influjo que han debido ejercer las comunidades de origen con los pueblos indo-germánicos y sus relaciones de vecindad, pudieran muy bien adquirir mayor importancia á consecuencia del desarrollo de los estudios orientales; en lo que concierne especialmente á la filosofía es de observar que Ze-

ller, influido por las ideas de Hegel, no relaciona lo bastante la filosofía con el desarrollo de la cultura general y aísla demasiado los pensamientos «especulativos». Si nuestra opinión sobre el estrecho lazo de la especulación con el desenvolvimiento de la conciencia religiosa y con los primeros pasos del pensamiento científico es en general exacta, el impulso que produjo esta modificación en la manera de pensar pudo venir de Oriente; pero entre los helenos, gracias á un suelo más favorable, hubo de producir más nobles frutos. Lewes observa que «los hechos hacen creer que la aurora del pensamiento científico coincide en Grecia con un gran movimiento religioso en Oriente»; por otra parte, diferentes ideas filosóficas pueden muy bien haber venido de Oriente á Grecia y haberse desarrollado aquí precisamente porque el genio griego era favorable á esas ideas. Los historiadores proceden apropiándose imágenes tomadas de la ciencia de la naturaleza; no es posible admitir un contraste absoluto entre la originalidad y la tradición; las ideas como los gérmenes orgánicos vienen de lejos, pero sólo se desarrollan en un suelo propicio donde se elevan á formas superiores; no negamos, pues, que la filosofía griega pudiese nacer de semejantes impulsos externos, pero la cuestión de la originalidad se nos ofrece desde otros puntos de vista; la verdadera independencia de la cultura helénica está en su perfección y no en sus comienzos.

5.—Aunque los aristotélicos modernos tengan razón al decir que en la *Lógica* de Aristóteles la cosa esencial, examinada desde el punto de vista del autor, no es la lógica formal sino la teoría lógico-metafísica del conocimiento, no se puede negar que Aristóteles nos haya transmitido los elementos de la lógica formal, que no hizo más que recoger y completar; elementos que, como hemos de demostrar en una obra ulterior, sólo se unen superficialmente al principio de la lógica aristotélica, contradiciéndola muy á menudo; pero, aunque sea hoy moda menospreciar la lógica formal y dar una gran importancia á la ideología metafísica, basta meditarlo un poco para tener sin asomos de duda la convicción de que en Aristóteles los principios fundamentales de la lógica formal son los únicos que están demostrados con la precisión y claridad de los elementos matemáticos, en tanto que á veces los ha desnaturalizado y falsificado en su metafísica, como, por ejemplo, la teoría de las conclusiones sacadas de las proposiciones modales.

6.—En Zeller se encuentran más amplios detalles acerca de

Diógenes de Apolonia. La posibilidad aquí indicada de un materialismo igualmente consecuente, aunque sin atomismo, será examinada con más amplitud en el segundo volumen á propósito de las opiniones de Ueberweg; observaremos aún que una tercera concepción, que la antigüedad no ha hecho más que presentir, consiste en la hipótesis de átomos sensibles; pero aquí se halla, desde que se construye la vida intelectual del hombre con la suma de los estados sensibles de sus átomos corporales, un escollo semejante al que encuentra el atomismo de Demócrito cuando, por ejemplo, produce un sonido ó un color con ayuda de una simple agrupación de átomos que por sí mismos no son brillantes ni sonoros; pero si se le atribuye todo el contenido de una conciencia humana, como estado interno, á un solo átomo (hipótesis que en la filosofía moderna vuelve bajo diversas formas, á las que los antiguos eran muy ajenos), entonces el materialismo se transforma en un idealismo mecánico.

7.—No estamos en modo alguno de acuerdo con la crítica de Mullach, Zeller y otros relativa á esta tradición; sería injusto, á causa de la ridícula exageración de Valerio Máximo y de la inexactitud de una cita de Diógenes Laercio, rechazar *a priori* toda la historia de la residencia de Jerges en Abdera; sabemos por Herodoto que Jerges estuvo en Abdera y que salió muy satisfecho de su estancia en esa ciudad; que en tal ocasión el rey y su corte vivieron entre los más ricos ciudadanos, y que aquél llevó consigo á sus magos más sabios es también un hecho histórico; por lo tanto, es natural admitir una influencia, aunque débil, de esos persas en el ánimo de los naturales deseosos de instruirse; de todo lo cual llegaría también á deducirse una conclusión distinta, á saber: que dada la verosimilitud del hecho, pudo fácilmente, con el auxilio de simples conjeturas y ciertas interpretaciones, revestir la forma de una tradición, mientras que el testimonio tardío en autores poco dignos de fe quitó toda autoridad á las pruebas extrínsecas de ese relato. En cuanto á la cuestión conexa de la edad de Demócrito en dicha época, no prescindiremos, á pesar de la sagacidad empleada á este propósito, de la réplica victoriosa á favor de la opinión de Hermann que adoptamos en nuestra edición primera; argumentos intrínsecos explican la actitud tomada después por Demócrito, no debiendo adoptarse tan ligeramente la reflexión de Aristóteles, que hace á aquel filósofo autor de las teorías sobre las

definiciones continuadas más tarde por Sócrates y sus contemporáneos, supuesto que Demócrito no comenzó su enseñanza hasta que llegó á la edad madura; si se coloca ese trabajo de Sócrates en el tiempo de sus relaciones con los sofistas (425 años a. de J. C.), habiendo nacido Demócrito hacia el año 460 tendría éste la misma edad que Sócrates.

8.—«Aunque Demócrito difiere de Aristóteles, uno y otro tienen la semejanza de haber abarcado el conjunto de las ciencias; y yo no sé si el estagirita debe á las obras de Demócrito gran parte de la erudición que le coloca sobre los demás filósofos.» Mullach.

9.—Véase á Mullach; Zeller va todavía más lejos al decir que en este concepto Demócrito tenía poco que aprender de los extranjeros. No resulta de la observación de Demócrito que desde su llegada á Egipto fuera superior á los «harpedonates»; pero, aun en este caso, es evidente que podía aprender mucho de ellos todavía.

10.—Véase, por ejemplo, la manera con que Aristóteles trata de ridiculizar la opinión de Demócrito sobre el movimiento comunicado á los cuerpos por el alma, así como también la hipótesis del azar como causa del movimiento, ligeramente criticada por Zeller, y la aserción de que Demócrito ha considerado como verdadero el fenómeno sensible considerado en sí mismo.

11.—Por increíble que pueda parecernos semejante fanatismo, no está menos de acuerdo con el carácter de Platón y, como la garantía de Diógenes Laercio en este relato no es otra que Aristóteles, acaso se trate de alguna cosa más que de una tradición.

12.—«Nada se hace en vano, sino que todo nace en virtud de una causa y bajo la influencia de una necesidad.»

13.—Esto se aplica completamente al ensayo más reciente y más temerario que se ha hecho para eliminar el principio fundamental de todo pensamiento científico: *Filosofía de lo inconsciente*. En el segundo volumen tendremos ocasión de volver sobre ese rezagado de nuestra especulación romántica.

14.—A falta de fragmentos auténticos, nos vemos obligados á tomar los rasgos principales del atomismo de Aristóteles y Lucrecio; hay que observar que la claridad matemática del pensamiento fundamental de la filosofía atomista y el encadenamiento de sus diferentes partes, están probablemente alterados aun en esos análisis tan lejanos de la exposición ridícula á fuerza de errores y

alteraciones que ha hecho Cicerón; estamos, pues, autorizados para completar la tradición defectuosa en el sentido de esas intuiciones matemáticas y físicas que sostienen todo el sistema de Demócrito; así, Zeller tiene razón al tratar de las relaciones entre la dimensión y la pesantez de los átomos, en cambio, en lo que dice de la doctrina del movimiento, tiene algo de la obscuridad que afecta á todas las exposiciones modernas; Zeller observa que los atomistas no parecen haber sospechado que en el espacio infinito no hay arriba ni abajo, que lo que Epicuro dice á propósito de esto es muy superficial y muy poco científico para que se pueda atribuir á Demócrito; pero esto es ir demasiado lejos, porque Epicuro no opone, como dice Zeller, la evidencia sensible á la objeción de que no existe arriba ni abajo; sólo hace notar que, á pesar de esta relatividad de arriba y abajo en el espacio infinito, se puede atribuir á Demócrito que considera la dirección de la cabeza á los pies como precisa y realmente opuesta á la dirección de los pies á la cabeza en cualquier distancia que se prolongue con el pensamiento la línea sobre la cual se mide esta dimensión; así, pues, el movimiento general de los átomos libres se verifica en el sentido del movimiento de la cabeza á los pies de un hombre, colocado en la línea del movimiento de arriba abajo, el cual tiene por diametralmente opuesto al movimiento de abajo arriba.

15.—Véase á Mullach y la observación justísima de Zeller acerca de la naturaleza puramente mecánica de esta reunión de cosas homogéneas; pero es menos cierto que «el movimiento curvilíneo, movimiento periférico ó de torbellino», haya realmente desempeñado en Demócrito el papel que le atribuyen autores posteriores; más bien se creería que ha hecho surgir el movimiento de torbellino del conjunto de los átomos, del cual proviene el mundo después de que los átomos, sobre todo los de su envoltura exterior, hubieron formado una masa compacta y coherente con ayuda de sus ganchos; semejante masa pudieran muy bien luego, en parte por el movimiento primitivo de sus moléculas y en parte por el choque de los átomos venidos del exterior, entrar en un movimiento giratorio; los astros se mueven en Demócrito por la envoltura giratoria del mundo; sin duda Epicuro, que era poco matemático en comparación de Demócrito aunque aquél haya vivido después de éste, consideraba también como posible que el sol girase continuamente alrededor de la tierra gracias á una impulsión primitiva; y

si pensamos cuán poco, antes de Galileo, se había observado en la naturaleza el movimiento en general, no habrá que asombrarse de que Demócrito haya hecho también provenir el movimiento giratorio de un impulso rectilíneo; pero las pruebas convincentes de esta hipótesis son completamente defectuosas.

16.—También aquí nos falta un texto auténtico y con frecuencia nos vemos obligados á atenernos al testimonio de Aristóteles, quien, cuando no contiene alguna imposibilidad, es perfectamente claro y su exactitud puede ser comprobada.

17.—Tenemos extractos bastante detallados en Teofrasto. Debe observarse el principio general enunciado en el fragmento 24: «La forma existe por sí misma, pero lo suave y, en general la cualidad de la sensación, sólo existe con relación á otro y en otro»; aquí se halla además el origen del contraste aristotélico entre la substancia y el accidente; Aristóteles encuentra del mismo modo en Demócrito la idea primera del contraste entre la fuerza y la energía.

18.—Aristóteles explica que la naturaleza es doble, á saber: la forma y la materia; según él, los antiguos filósofos no tuvieron en cuenta más que la materia, con esta reserva sin embargo, y es que, «Empédocles y Demócrito, sólo se adhirieron débilmente á la forma y á lo que significa la palabra ser.»

19.—Para hacer justicia á la idea de Demócrito, basta sólo comparar la manera con que Descartes se imagina á su vez la actividad de los «espíritus vitales» materiales en el movimiento del cuerpo.

20.—Véase en la historia de la filosofía moderna las relaciones de Locke con Hobbes y de Condillac con la Mettrie; esto no quiere decir que siempre debamos atenernos á una filiación histórica semejante, aunque es natural y muy frecuente; se ha de observar además que por regla general los argumentos sensualistas se encuentran en los materialistas más eminentes, apareciendo evidentes en Hobbes y Demócrito; además, se ve fácilmente que en el fondo el sensualismo no es más que una transición al idealismo; así es que Locke se inclina ya á Hobbes, ya á Berkeley; desde el momento en que la percepción sensible es el único dato, la cualidad del objeto se hace indecisa y aun su existencia incierta; no obstante, la antigüedad no hizo alto en esto.

21.—Se puede considerar como una fábula la historia del mozo de cuerda, aunque su origen sea muy antiguo. ¿Fué realmente Pro-

tágoras discípulo de Demócrito? Para resolver tal cuestión, antes sería necesario resolver la de la edad respectiva de ambos filósofos, y esa es precisamente la dificultad, como ya se ha indicado más arriba; nosotros no lo decidiremos, porque esta solución importa poco á nuestro objeto. La influencia de Demócrito sobre la teoría sensualista del conocimiento, de Protágoras, suponiendo que uno se decida en favor de la opinión más acreditada que dice que Protágoras tenía veinte años más que Demócrito, no deja por eso de ser menos verosímil, siendo entonces preciso admitir que Protágoras, primero simple retórico y profesor de política, no concibió su sistema hasta algún tiempo después, en su segunda estancia en Atenas y en el transcurso de sus polémicas con Sócrates, cuando ya habían podido influir sobre su espíritu las obras de Demócrito. Zeller, á ejemplo de Frei, ha intentado hacer derivar de Heráclito la filosofía de Protágoras, dejando á Demócrito completamente en la sombra; pero esta manera de ver no está al abrigo de toda crítica, porque no explica la tendencia subjetiva de Protágoras en la teoría del conocimiento. Si se quiere atribuir á Heráclito la idea de que la sensación se produce por un movimiento alternativo entre el espíritu y el objeto, no es menos cierto que Heráclito ignoraba completamente la transformación de las cualidades sensibles en impresiones subjetivas; por el contrario, Demócrito forma la transición natural de la concepción puramente objetivista del mundo, de los primeros físicos, á la concepción subjetivista de los sofistas; sin duda Protágoras no debía llegar á fomentar su sistema más que por una marcha inversa á la de Demócrito, mas no por eso Protágoras es menos lo contrario de Heráclito, pues este último no encuentra la verdad más que en lo universal, en tanto que el primero la busca en lo individual. Si el Sócrates de Platón declara que, según Protágoras, el movimiento es el origen de todo, la historia nada tiene que preocuparse de ello. Sea lo que quiera, no hay que desconocer el influjo de Heráclito en la doctrina de Protágoras, y es verosímil que este filósofo tomó *al principio* de aquél la idea de los elementos y que esta idea fermentó *más tarde* en su espíritu bajo la influencia de las teorías de Demócrito, que refirió las cualidades sensibles á las impresiones subjetivas.

22.—Frei dice con gran justicia: «Pero Protágoras ha contribuido mucho á los progresos de la filosofía diciendo que el hombre era la medida de todas las cosas; así ha dado á la inteligencia

## NOTAS DE LA PRIMERA PARTE

---

I.—Mi frase inicial: *El materialismo es tan antiguo como la filosofía, pero no más antiguo*, ha sido á veces mal comprendida; va dirigida ante todo contra aquellos que menosprecian el materialismo, contra aquellos que ven en este sistema del mundo el antipoda del pensamiento filosófico, negándole un valor científico; y, después, va contra aquellos materialistas que á su vez desdeñan toda filosofía, imaginándose que su sistema del mundo no es resultado de la especulación filosófica sino más bien fruto de la experiencia, del sentido común y del estudio de la naturaleza. Se hubiera podido sostener que entre los filósofos, jonios, de la naturaleza el primer ensayo de una filosofía fué materialista; pero el rápido examen del largo período de desarrollo que transcurre desde los primeros sistemas inciertos é incompletos hasta el materialismo, realizado por Demócrito con entera lógica y convicción clara y precisa, debía conducir á reconocer que el materialismo figura sólo entre los primeros ensayos filosóficos; en efecto, el materialismo, si no se quiere *a priori* identificarle con el hilozoísmo y el panteísmo, no está completo más que en el instante en que considera á la materia como puramente material, es decir, en tanto que comprende que sus moléculas no son una materia inteligente por sí misma sino de los cuerpos que se mueven según principios puramente materiales, cuerpos insensibles que producen sentimientos é ideas por ciertas formas de sus combinaciones; así el materialismo completo aparece necesariamente como un atomismo en atención á que es difícil, cuando se quieren deducir de la materia todos los fenómenos de un modo claro y sin mezcla de propiedades y fuerzas suprasensibles, no dividirla en pequeños corpúsculos con un espacio vacío para el movimiento. Es capital la diferencia entre los átomos animados de Demócrito y el aire cálido de Diógenes de Apolonia á pesar de la semejanza superficial que



presentan; el aire cálido es una materia puramente racional capaz por sí misma de sensación y que se mueve en virtud de su potencia racional; los átomos del alma de Demócrito se mueven como todos los demás átomos según principios exclusivamente mecánicos, y no producen el fenómeno de seres inteligentes más que en un caso especial mecánicamente realizado; así es también como el «imán animado» de Thales justifica perfectamente la aserción «todo está lleno de dioses», pero difiere en el fondo de la concepción por la cual los atomistas tratan de explicar la atracción del hierro por el imán.

2.—Respondiendo á la aserción contraria de Zeller, observaremos que podemos admitir el juicio de este historiador («los griegos no tenían jerarquías ni dogmas inviolables»), sin modificar la exposición que precede. Ante todo, los griegos no formaban una unidad política en la cual jerarquías y dogmas hubieran podido desarrollarse; su religión se formó con una diversidad aún más grande que las constituciones de las distintas ciudades y regiones; el carácter eminentemente local del culto tenía, á consecuencia de la extensión de las relaciones pacíficas, que venir á parar en una tolerancia y en una libertad que no sospechan los pueblos cuya fe es intensa y la religión muy centralizada; sin embargo, entre las tendencias unitarias de Grecia, las tendencias jerárquico-teocráticas fueron tal vez las más notables, y se puede citar como ejemplo el influjo del sacerdocio de Delfos, que es una excepción singular de la regla, según la cual «el sacerdocio tenía infinitamente más honores que poder». Si en Grecia no existe casta sacerdotal formando un cuerpo exclusivo, en cambio hay familias sacerdotales que pertenecen de ordinario á la más alta aristocracia, cuyos derechos hereditarios eran respetados como los más legítimos é inviolables y las cuales supieron mantener su influjo durante siglos; ¡cuán importantes no eran para Atenas los misterios de Eleusis y de qué modo su historia se confunde con la de las familias de los Eumolpidas, Céricos, Fíldes, etc!... El influjo político de estas familias se manifiesta del modo más evidente en la caída de Alcibiades, aunque en los hechos en que las influencias clericales y aristocráticas obran de acuerdo con el fanatismo del populacho sean difícil separar todos los hilos de dicho acontecimiento; en cuanto á la *ortodoxia*, no se puede ciertamente compararla á un sistema de doctrinas organizadas según un método escolástico

semejante sistema habría nacido tal vez si la fusión de los cultos, de los teólogos délficos y los misterios no hubiera venido demasiado tarde para que pudiera impedir en la aristocracia y en las clases acomodadas el desarrollo de las ideas filosóficas; se atienden, pues, á las formas místicas del culto bajo las cuales cada uno podía con libertad pensar lo que quisiese; la doctrina general de la santidad y de la importancia de determinadas divinidades, de algunas formas del culto, de los términos y de los ritos consagrados, permanecieron inviolables; el juicio individual fué en esto absolutamente proscrito y todas las dudas, todos los ensayos de innovación ilícitos, todas las discusiones temerarias se expusieron á un inevitable castigo. Sin embargo, con relación á las tradiciones místicas, había también una gran diferencia entre la libertad permitida á los poetas y las formas fijas de la tradición sacerdotal que se referían inmediatamente á los cultos de las diversas localidades; un pueblo que veía en cada ciudad otros dioses con atributos semejantes, una genealogía y una mitología diferentes sin que se extraviara su fe en la santa tradición local, debía permitir fácilmente á los poetas manejar á su capricho la materia general y mítica de la literatura nacional; pero si en estas libertades se producía el más pequeño ataque, directo ó indirecto, contra la tradición de las divinidades locales, el poeta como el filósofo corrían graves peligros; se podría fácilmente alargar la lista de los filósofos perseguidos sólo en la ciudad de Atenas, mencionada en el texto, añadiendo á ellos: á Stilipon y Teofrasto, poetas como Diágoras de Melos, cuya cabeza fué puesta á precio; Esquilo, que por una pretendida indiscreción relativa á los misterios vió amenazada su existencia y sólo encontró gracia ante el Areópago en consideración á su genio poético; Eurípides, á quien amenazaron con una acusación por impío, etc., etc. La lucha de la tolerancia y la intolerancia entre los atenienses se comprende, sobre todo, leyendo un pasaje del discurso contra Andócido, donde se dice que si Diágoras de Melos había ultrajado el culto de un país que no era el suyo, esta cualidad de extranjero era una circunstancia atenuante, mientras que Andócido había ofendido la religión de su misma patria: luego debían ser más severos con los nacionales que con los extranjeros, porque estos últimos no ofendían á sus propios dioses; esta excusa personal se trocaba casi siempre en una absolución cuando la ofensa no se dirigía de una manera directa á las divini-

dades atenienses, sino sólo á las divinidades extranjeras; el mismo mencionado discurso nos enseña que la familia de los Eumólpidas estaba autorizada en ciertas circunstancias á castigar á los impíos según leyes secretas, desconocidas hasta para los autores; estos juicios se celebraban bajo la presidencia del arconte-rey, detalle á decir verdad insignificante para nuestro asunto. Si Aristófanes, el archiconservador, pudo permitirse silbar á los dioses y ridiculizar de un modo acerbo la superstición recién venida de fuera, consiste en que el terreno donde se colocaba era del todo distinto, y si Epicuro no fué perseguido consistió únicamente en que en apariencia se adhería por completo al culto externo; la tendencia política de más de uno de estos procesos, confirma el origen fanático-religioso lejos de destruirle; si la acusación de impiedad era uno de los medios más seguros de derribar á los hombres de Estado, por muy populares que fuesen, se ha de admitir sin réplica que no sólo la ley, sino también el fanatismo popular condenaba á los acusados; he ahí por qué debemos considerar como incompleta la exposición de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que nos da Schœmann, así como la disertación ya mencionada de Zeller. Las persecuciones no se efectuaban siempre por la violación de las prácticas del culto, sino á menudo por la doctrina y la heterodoxia; así parece demostrarlo claramente la mayoría de las acusaciones dirigidas contra los filósofos; pero si se piensa en el número realmente considerable de los procesos de este género hechos en una sola ciudad y en un período relativamente corto, así como en los graves peligros que hacían correr, será difícil afirmar que la filosofía sólo fué atacada en algunos de sus representantes; se pudiera, pues, preguntar seriamente en este tiempo, como en la filosofía de los siglos XVII, XVIII (y XIX?) hasta qué punto la necesidad de acomodarse á la fe popular (lo hayan hecho ó no con conciencia bajo la amenaza de persecución) ha desnaturalizado los sistemas filosóficos.

3.—Véase Zeller y los escritos citados por Marbach, que aparecieron en el siglo XVIII, no del todo accidentalmente, relativos á la lucha del materialismo; observemos aquí, en cuanto al fondo de la cuestión, que Zeller parece menospreciar á Thales, que el párrafo en que anteriormente se fundaba el ateísmo de este último descubre evidentemente el juicio superficial de Cicerón y que la expresión *fingerere ex* se aplica al arquitecto colocado fuera de la ma-

teria del universo, en tanto que Dios, como *razón del mundo*, sobre todo en el espíritu de los estoicos, no es más que un Dios inmanente, no antropomorfo ni personal; es posible que la tradición de los filósofos estoicos descansa sobre la simple interpretación, en el sentido de su sistema, de una tradición anterior; pero no resulta que dicha explicación sea falsa, abstracción hecha de la autenticidad de los términos; en buena lógica la aserción, probablemente auténtica, de que todo está lleno de Dioses, podría muy bien haber servido de base á esas interpretaciones; dicha aserción está admitida por Aristóteles como siendo evidentemente simbólica y la duda que expresa por un «quizá» se refiere (y con razón!), á su misma interpretación que es en realidad mucho más temeraria y más inverosímil que la de los estoicos; refutar la interpretación de estos últimos con la *Metafísica* de Aristóteles es inadmisibile *a priori*, porque en este párrafo Aristóteles hace resaltar incontestablemente la opinión de Anaxágoras que se relaciona con su propio sistema filosófico, es decir, la separación de la razón creadora del mundo, como causa primitiva cosmogónica, de la materia sobre la cual obra. La doctrina de Anaxágoras no satisfizo á Aristóteles, como lo prueba el capítulo que sigue inmediatamente, porque el principio trascendental no aparece allí más que ocasionalmente como un *Deus ex machina* y no está aplicado de una manera lógica; es una consecuencia necesaria del párrafo de Anaxágoras, que no contiene más que una teoría transitoria y no exenta de contradicciones; el elogio que Aristóteles hace del pretendido mérito de Anaxágoras y la vivacidad con que le censura su inconsecuencia, están inspirados en el mismo celo fanático que el Sócrates de Platón despliega en el *Fedon* sobre el mismo asunto.

4.—Véase la refutación detallada de las opiniones acerca del origen de la filosofía griega, debida á la especulación oriental, en Zeller y la disertación tan concisa como juiciosa sobre la misma cuestión en Ueberweg; la crítica de Zeller y de otros historiadores ha hecho justicia, acaso para siempre, á las ideas vulgares que hacen del Oriente el maestro de la Grecia; en cambio, las observaciones de Zeller acerca del influjo que han debido ejercer las comunidades de origen con los pueblos indo-germánicos y sus relaciones de vecindad, pudieran muy bien adquirir mayor importancia á consecuencia del desarrollo de los estudios orientales; en lo que concierne especialmente á la filosofía es de observar que Ze-

ller, influido por las ideas de Hegel, no relaciona lo bastante la filosofía con el desarrollo de la cultura general y aísla demasiado los pensamientos «especulativos». Si nuestra opinión sobre el estrecho lazo de la especulación con el desenvolvimiento de la conciencia religiosa y con los primeros pasos del pensamiento científico es en general exacta, el impulso que produjo esta modificación en la manera de pensar pudo venir de Oriente; pero entre los helenos, gracias á un suelo más favorable, hubo de producir más nobles frutos. Lewes observa que «los hechos hacen creer que la aurora del pensamiento científico coincide en Grecia con un gran movimiento religioso en Oriente»; por otra parte, diferentes ideas filosóficas pueden muy bien haber venido de Oriente á Grecia y haberse desarrollado aquí precisamente porque el genio griego era favorable á esas ideas. Los historiadores proceden apropiándose imágenes tomadas de la ciencia de la naturaleza; no es posible admitir un contraste absoluto entre la originalidad y la tradición; las ideas como los gérmenes orgánicos vienen de lejos, pero sólo se desarrollan en un suelo propicio donde se elevan á formas superiores; no negamos, pues, que la filosofía griega pudiese nacer de semejantes impulsos externos, pero la cuestión de la originalidad se nos ofrece desde otros puntos de vista; la verdadera independencia de la cultura helénica está en su perfección y no en sus comienzos.

5.—Aunque los aristotélicos modernos tengan razón al decir que en la *Lógica* de Aristóteles la cosa esencial, examinada desde el punto de vista del autor, no es la lógica formal sino la teoría lógico-metafísica del conocimiento, no se puede negar que Aristóteles nos haya transmitido los elementos de la lógica formal, que no hizo más que recoger y completar; elementos que, como hemos de demostrar en una obra ulterior, sólo se unen superficialmente al principio de la lógica aristotélica, contradiciéndola muy á menudo; pero, aunque sea hoy moda menospreciar la lógica formal y dar una gran importancia á la ideología metafísica, basta meditarlo un poco para tener sin asomos de duda la convicción de que en Aristóteles los principios fundamentales de la lógica formal son los únicos que están demostrados con la precisión y claridad de los elementos matemáticos, en tanto que á veces los ha desnaturalizado y falsificado en su metafísica, como, por ejemplo, la teoría de las conclusiones sacadas de las proposiciones modales.

6.—En Zeller se encuentran más amplios detalles acerca de

Diógenes de Apolonia. La posibilidad aquí indicada de un materialismo igualmente consecuente, aunque sin atomismo, será examinada con más amplitud en el segundo volumen á propósito de las opiniones de Ueberweg; observaremos aún que una tercera concepción, que la antigüedad no ha hecho más que presentir, consiste en la hipótesis de átomos sensibles; pero aquí se halla, desde que se construye la vida intelectual del hombre con la suma de los estados sensibles de sus átomos corporales, un escollo semejante al que encuentra el atomismo de Demócrito cuando, por ejemplo, produce un sonido ó un color con ayuda de una simple agrupación de átomos que por sí mismos no son brillantes ni sonoros; pero si se le atribuye todo el contenido de una conciencia humana, como estado interno, á un solo átomo (hipótesis que en la filosofía moderna vuelve bajo diversas formas, á las que los antiguos eran muy ajenos), entonces el materialismo se transforma en un idealismo mecánico.

7.—No estamos en modo alguno de acuerdo con la crítica de Mullach, Zeller y otros relativa á esta tradición; sería injusto, á causa de la ridícula exageración de Valerio Máximo y de la inexactitud de una cita de Diógenes Laercio, rechazar *a priori* toda la historia de la residencia de Jerges en Abdera; sabemos por Herodoto que Jerges estuvo en Abdera y que salió muy satisfecho de su estancia en esa ciudad; que en tal ocasión el rey y su corte vivieron entre los más ricos ciudadanos, y que aquél llevó consigo á sus magos más sabios es también un hecho histórico; por lo tanto, es natural admitir una influencia, aunque débil, de esos persas en el ánimo de los naturales deseosos de instruirse; de todo lo cual llegaría también á deducirse una conclusión distinta, á saber: que dada la verosimilitud del hecho, pudo fácilmente, con el auxilio de simples conjeturas y ciertas interpretaciones, revestir la forma de una tradición, mientras que el testimonio tardío en autores poco dignos de fe quitó toda autoridad á las pruebas extrínsecas de ese relato. En cuanto á la cuestión conexa de la edad de Demócrito en dicha época, no prescindiremos, á pesar de la sagacidad empleada á este propósito, de la réplica victoriosa á favor de la opinión de Hermann que adoptamos en nuestra edición primera; argumentos intrínsecos explican la actitud tomada después por Demócrito, no debiendo adoptarse tan ligeramente la reflexión de Aristóteles, que hace á aquel filósofo autor de las teorías sobre las

definiciones continuadas más tarde por Sócrates y sus contemporáneos, supuesto que Demócrito no comenzó su enseñanza hasta que llegó á la edad madura; si se coloca ese trabajo de Sócrates en el tiempo de sus relaciones con los sofistas (425 años a. de J. C.), habiendo nacido Demócrito hacia el año 460 tendría éste la misma edad que Sócrates.

8.—«Aunque Demócrito difiere de Aristóteles, uno y otro tienen la semejanza de haber abarcado el conjunto de las ciencias; y yo no sé si el estagirita debe á las obras de Demócrito gran parte de la erudición que le coloca sobre los demás filósofos.» Mullach.

9.—Véase á Mullach; Zeller va todavía más lejos al decir que en este concepto Demócrito tenía poco que aprender de los extranjeros. No resulta de la observación de Demócrito que desde su llegada á Egipto fuera superior á los «harpedonates»; pero, aun en este caso, es evidente que podía aprender mucho de ellos todavía.

10.—Véase, por ejemplo, la manera con que Aristóteles trata de ridiculizar la opinión de Demócrito sobre el movimiento comunicado á los cuerpos por el alma, así como también la hipótesis del azar como causa del movimiento, ligeramente criticada por Zeller, y la aserción de que Demócrito ha considerado como verdadero el fenómeno sensible considerado en sí mismo.

11.—Por increíble que pueda parecernos semejante fanatismo, no está menos de acuerdo con el carácter de Platón y, como la garantía de Diógenes Laercio en este relato no es otra que Aristóteles, acaso se trate de alguna cosa más que de una tradición.

12.—«Nada se hace en vano, sino que todo nace en virtud de una causa y bajo la influencia de una necesidad.»

13.—Esto se aplica completamente al ensayo más reciente y más temerario que se ha hecho para eliminar el principio fundamental de todo pensamiento científico: *Filosofía de lo inconsciente*. En el segundo volumen tendremos ocasión de volver sobre ese rezagado de nuestra especulación romántica.

14.—A falta de fragmentos auténticos, nos vemos obligados á tomar los rasgos principales del atomismo de Aristóteles y Lucrecio; hay que observar que la claridad matemática del pensamiento fundamental de la filosofía atomista y el encadenamiento de sus diferentes partes, están probablemente alterados aun en esos análisis tan lejanos de la exposición ridícula á fuerza de errores y

alteraciones que ha hecho Cicerón; estamos, pues, autorizados para completar la tradición defectuosa en el sentido de esas intuiciones matemáticas y físicas que sostienen todo el sistema de Demócrito; así, Zeller tiene razón al tratar de las relaciones entre la dimensión y la pesantez de los átomos, en cambio, en lo que dice de la doctrina del movimiento, tiene algo de la obscuridad que afecta á todas las exposiciones modernas; Zeller observa que los atomistas no parecen haber sospechado que en el espacio infinito no hay arriba ni abajo, que lo que Epicuro dice á propósito de esto es muy superficial y muy poco científico para que se pueda atribuir á Demócrito; pero esto es ir demasiado lejos, porque Epicuro no opone, como dice Zeller, la evidencia sensible á la objeción de que no existe arriba ni abajo; sólo hace notar que, á pesar de esta relatividad de arriba y abajo en el espacio infinito, se puede atribuir á Demócrito que considera la dirección de la cabeza á los pies como precisa y realmente opuesta á la dirección de los pies á la cabeza en cualquier distancia que se prolongue con el pensamiento la línea sobre la cual se mide esta dimensión; así, pues, el movimiento general de los átomos libres se verifica en el sentido del movimiento de la cabeza á los pies de un hombre, colocado en la línea del movimiento de arriba abajo, el cual tiene por diametralmente opuesto al movimiento de abajo arriba.

15.—Véase á Mullach y la observación justísima de Zeller acerca de la naturaleza puramente mecánica de esta reunión de cosas homogéneas; pero es menos cierto que «el movimiento curvilíneo, movimiento periférico ó de torbellino», haya realmente desempeñado en Demócrito el papel que le atribuyen autores posteriores; más bien se creería que ha hecho surgir el movimiento de torbellino del conjunto de los átomos, del cual proviene el mundo después de que los átomos, sobre todo los de su envoltura exterior, hubieron formado una masa compacta y coherente con ayuda de sus ganchos; semejante masa pudieran muy bien luego, en parte por el movimiento primitivo de sus moléculas y en parte por el choque de los átomos venidos del exterior, entrar en un movimiento giratorio; los astros se mueven en Demócrito por la envoltura giratoria del mundo; sin duda Epicuro, que era poco matemático en comparación de Demócrito aunque aquél haya vivido después de éste, consideraba también como posible que el sol girase continuamente alrededor de la tierra gracias á una impulsión primitiva; y

si pensamos cuán poco, antes de Galileo, se había observado en la naturaleza el movimiento en general, no habrá que asombrarse de que Demócrito haya hecho también provenir el movimiento giratorio de un impulso rectilíneo; pero las pruebas convincentes de esta hipótesis son completamente defectuosas.

16.—También aquí nos falta un texto auténtico y con frecuencia nos vemos obligados á atenernos al testimonio de Aristóteles, quien, cuando no contiene alguna imposibilidad, es perfectamente claro y su exactitud puede ser comprobada.

17.—Tenemos extractos bastante detallados en Teofrasto. Debe observarse el principio general enunciado en el fragmento 24: «La forma existe por sí misma, pero lo suave y, en general la cualidad de la sensación, sólo existe con relación á otro y en otro»; aquí se halla además el origen del contraste aristotélico entre la substancia y el accidente; Aristóteles encuentra del mismo modo en Demócrito la idea primera del contraste entre la fuerza y la energía.

18.—Aristóteles explica que la naturaleza es doble, á saber: la forma y la materia; según él, los antiguos filósofos no tuvieron en cuenta más que la materia, con esta reserva sin embargo, y es que, «Empédocles y Demócrito, sólo se adhirieron débilmente á la forma y á lo que significa la palabra ser.»

19.—Para hacer justicia á la idea de Demócrito, basta sólo comparar la manera con que Descartes se imagina á su vez la actividad de los «espíritus vitales» materiales en el movimiento del cuerpo.

20.—Véase en la historia de la filosofía moderna las relaciones de Locke con Hobbes y de Condillac con la Mettrie; esto no quiere decir que siempre debamos atenernos á una filiación histórica semejante, aunque es natural y muy frecuente; se ha de observar además que por regla general los argumentos sensualistas se encuentran en los materialistas más eminentes, apareciendo evidentes en Hobbes y Demócrito; además, se ve fácilmente que en el fondo el sensualismo no es más que una transición al idealismo; así es que Locke se inclina ya á Hobbes, ya á Berkeley; desde el momento en que la percepción sensible es el único dato, la cualidad del objeto se hace indecisa y aun su existencia incierta; no obstante, la antigüedad no hizo alto en esto.

21.—Se puede considerar como una fábula la historia del mozo de cuerda, aunque su origen sea muy antiguo. ¿Fué realmente Pro-

tágoras discípulo de Demócrito? Para resolver tal cuestión, antes sería necesario resolver la de la edad respectiva de ambos filósofos, y esa es precisamente la dificultad, como ya se ha indicado más arriba; nosotros no lo decidiremos, porque esta solución importa poco á nuestro objeto. La influencia de Demócrito sobre la teoría sensualista del conocimiento, de Protágoras, suponiendo que uno se decida en favor de la opinión más acreditada que dice que Protágoras tenía veinte años más que Demócrito, no deja por eso de ser menos verosímil, siendo entonces preciso admitir que Protágoras, primero simple retórico y profesor de política, no concibió su sistema hasta algún tiempo después, en su segunda estancia en Atenas y en el transcurso de sus polémicas con Sócrates, cuando ya habían podido influir sobre su espíritu las obras de Demócrito. Zeller, á ejemplo de Frei, ha intentado hacer derivar de Heráclito la filosofía de Protágoras, dejando á Demócrito completamente en la sombra; pero esta manera de ver no está al abrigo de toda crítica, porque no explica la tendencia subjetiva de Protágoras en la teoría del conocimiento. Si se quiere atribuir á Heráclito la idea de que la sensación se produce por un movimiento alternativo entre el espíritu y el objeto, no es menos cierto que Heráclito ignoraba completamente la transformación de las cualidades sensibles en impresiones subjetivas; por el contrario, Demócrito forma la transición natural de la concepción puramente objetivista del mundo, de los primeros físicos, á la concepción subjetivista de los sofistas; sin duda Protágoras no debía llegar á fomentar su sistema más que por una marcha inversa á la de Demócrito, mas no por eso Protágoras es menos lo contrario de Heráclito, pues este último no encuentra la verdad más que en lo universal, en tanto que el primero la busca en lo individual. Si el Sócrates de Platón declara que, según Protágoras, el movimiento es el origen de todo, la historia nada tiene que preocuparse de ello. Sea lo que quiera, no hay que desconocer el influjo de Heráclito en la doctrina de Protágoras, y es verosímil que este filósofo tomó *al principio* de aquél la idea de los elementos y que esta idea fermentó *más tarde* en su espíritu bajo la influencia de las teorías de Demócrito, que refirió las cualidades sensibles á las impresiones subjetivas.

22.—Frei dice con gran justicia: «Pero Protágoras ha contribuido mucho á los progresos de la filosofía diciendo que el hombre era la medida de todas las cosas; así ha dado á la inteligencia